

al gobernador hasta su muerte con el acierto que dijimos, aunque no le faltó que padecer, como nunca falta á los que dicen verdades.

El Padre hizo su oficio exactamente, poniendo el hombro á desmontar la república de los vicios, de los malos tratos, usuras, logros y torpes ganancias: lleváronlo pesadamente los que las usaban; y, como frenéticos y mal considerados, se volvieron contra él, procurando deshonorarle y desacreditarle con el gobernador y con la Audiencia, para que le desechasen; gajes que tiran de ordinario los confesores de las justicias, atribuyendo á su consejo sus determinaciones y los castigos que hacen.

El siervo de Dios acudió á la oracion á tomar consejo con Su Divina Majestad, sintiendo no tanto su agravio, cuanto el descrédito que podria venir á la Compañía de aquella calumnia, y entró en duda si seria mejor despedirse de confesar al gobernador ó perseverar en confesarle: y, despues de larga oracion, tomó por medio echar suertes, pidiendo á Dios que le cayese la que fuese de su divina voluntad. Echólas, y sacó que perseverase en confesarle, y tomó esta resolucio[n] como dada de la mano de Dios, el cual aclaró la verdad, y el P. Colin quedó con nuevo crédito y opinion en toda la ciudad, en la cual hizo grande fruto con su predicacion y lectura, con sus prudentes consejos y acertadas resoluciones, y en poco tiempo cobró tanta autoridad, que no se hacia cosa en todo el reino, que no se consultase con él, y la Santa Inquisicion le hizo su consultor, fiándole los negocios de la fe, que son los mayores y los de primera estimacion.

Siete años gastó en Manila en estas ocupaciones y en gobernar el colegio de S. José, de que fué Rector, hasta que pasó á mejor vida el gobernador; y, libre de esta cadena dorada, pidió con instancia á los Superiores que le enviasen á las misiones de los indios, que fué su primera vocacion.

Encargaron por aquel tiempo á la Compañía la isla de Mindoro, que era de indios indómitos, agrestes y terribles, de bárbara condicion, y, como tales, temidos así de los españoles como de los naturales.

Esta isla le entregaron á nuestro apostólico misionero, para su noviciado de indios, con los cuales trabajó gloriosamente, predicándolos y enseñándolos no ménos con el ejemplo de su vida que con la fuerza de su predicacion; y lo primero en que puso la mira, fué en aprender su lengua, que era tosca y difícil; pero la sed que padecia del bien de sus almas se la hizo fácil y suave, y puso tal conato, que en dos meses se hizo tan dueño de ella, que les predicó en su lengua con grande admiracion, porque estaban persuadidos que no la podria aprender.

Faltan palabras para decir lo que obró, hizo y trabajó, y lo que padeció de aquellos bárbaros indómitos, habitantes de los montes, para reducirlos á

vida política y cristiana, traerlos á poblado, quitarles los vicios en que se habian criado, y las costumbres bestiales que tenian, y enseñarles las buenas y santas de la Iglesia.

La soledad que pasó entre aquellas fieras, pasando con un doméstico lo más del tiempo, trabajando por sus manos, fundando aquella doctrina, y para esto desmontando aquella inculta selva de vicios, pecados y borracheras; sólo su apostólico espíritu pudo llevarla por tres años enteros, la cual le endulzó Dios dándole á manos llenas el fruto de su predicacion y trabajos, porque con los primeros sermones convirtió centenares de indios, y el primer día, despues de catequizados, bautizó ciento.

A este paso los fué convirtiendo y bautizando de ciento en ciento, y fundando poblaciones, dándoles leyes políticas segun su capacidad, levantando iglesias y cruces, desterrando hechicerías y artes diabólicas con que el comun enemigo los tenia ciegos, trocándolos de brutos en hombres racionales y de fieras en corderos mansos, humildes y obedientes.

Mostrábales paternal amor como si fueran hijos suyos; dábales doncellas que ellos estiman en mucho; regalábalos cuanto podia, trabajaba con ellos para edificar sus chozas; curábalos cuando estaban enfermos; corregíalos con amor, cuando erraban; y como ama de leche, tomaba él la medicina por ellos, haciendo penitencia por sus yerros.

No perdonaba á diligencia ni trabajo por ganarles la voluntad y traerlos al gremio de la Iglesia, hasta componer sus pleitos, y hacer sus casamientos, y llorar sus difuntos, como si fueran sus parientes; y con esta santa y prudente sagacidad, fundó aquella doctrina y convirtió aquella bárbara gente al gremio de la Iglesia.

A millares se contaban las almas que habia ganado para Dios en estos tres años, y á millares se podian contar los trabajos y penitencias que le habian costado, porque estas margaritas, tan preciosas en los ojos de Dios, cuanto despreciadas de los hombres, siempre se compran á subidísimo precio, como joyas de sumo valor; y así á este siervo del Señor le costaron continuos desvelos, trabajos, caminos, sudores, fatigas, riesgos de la vida, penitencias y oracion, orando continuamente por su conversion, y haciendo rigurosas penitencias para alcanzarla de Dios.

Su ayuno era continuo, su comida pobrísima, un puñado de arroz cocido en agua simple, y por grande banquete algun pescadillo de los que cogian los indios. Pan ni vino no los gustó en aquel tiempo, ni le tuvo sino para las Misas. Su sueño corto, su cama un carzo de mimbres ó cañas secas. Las disciplinas cuotidianas, los cilicios continuos, el vestido pobre, suficiente á cubrirle, la casa una corta choza cubierta de paja.

Su trato más ordinario con Dios y sus ángeles, con los cuales moraba y conversaba en aquella soledad, más como ciudadano del cielo que morador de la tierra, sufriendo con alegría las inclemencias de los tiempos y la tosiedad de aquellos bárbaros isleños, por traerlos al conocimiento de Dios.

A este precio compraba las margaritas de sus almas, y todo le parecía poco, considerando que Cristo las compró á precio de su sangre que es de valor infinito.

## V

*De su gobierno y los puestos que ocupó.*

Trabajando con grande alborozo de su espíritu en la conversion de estos infieles, y acabada con buen fin aquella reduccion, cuando habia de gozar el fruto de sus trabajos, le llamó la obediencia á Manila para que gobernase aquel colegio, el principal de la provincia, del cual fué Rector tres años y luego cuatro Provincial, y despues de estos, otros tres Rector del colegio de Manila.

Estos empleos tuvo los años referidos, continuados unos con otros, en los cuales, como dice su historiador, fué idea y ejemplar de un perfecto Superior, espiritual, prudente, vigilante, modesto, humilde, igual para con todos, celoso de la observancia, benigno, manso con amor de padre para con los súbditos, fuerte y constante en la resolucion.

A todos y en todas horas oia y consolaba, y aconsejaba lo mejor; siempre fué adelante en la observancia regular y en la mortificacion; el primero en los oficios humildes, como el menor de todos; sin resabio de Superior ni de propia estimacion, ni por muchos achaques que tuviese admitió cosa singular en la comida ó bebida ó aposento, ni género de alivio ó regalo en su persona, ni alhaja ni cosa de comodidad.

Cuando le hicieron Provincial, estableció unas leyes para gobernarse y gobernar á los otros, que se hallaron escritas de su mano en un diario en que apuntaba lo que le sucedia; y, para que se vea su buen espíritu y puedan aprovechar á otros, las quiero poner aquí, y son como se siguen: «Hoy entré en el oficio de Provincial, en el cual guardaré lo siguiente: buen ejemplo en la devoción y cosas espirituales, en el silencio y recogimiento, en pasar con la Comunidad rigurosamente, en evitar regalos y comodidades, ayudar á ministerios, máxime los más humildes y trabajosos, oír á todos con facilidad y benignidad y buenas razones, etc.; responder á todos sin excepcion y, cuanto pudiere, de mi propia mano y luego sin dilacion; no determinar ni responder

sin recurso á Dios, así en lo fácil como en lo dificultoso, etc.; conformidad y buena correspondencia y estima de los Padres consultores, dándoles lugar á que premediten sus pareceres, consultar y oír á otros, conforme lo pidiera la calidad de los negocios, conservar los sujetos, promover los de talentos conocidos, adelantar la provincia en el espíritu, particularmente en la oracion y observancia de las reglas.»

Estas son las leyes que estableció para sí este siervo de Dios, que son una docta y saludable leccion para todos los Superiores que desearan gobernar con el acierto y fruto, y con la aceptacion, así de casa como de fuera, con que gobernó y adelantó en la provincia la disciplina religiosa, afervorizando los ánimos de todos, á que ayudaron mucho las fervorosas pláticas llenas de espíritu y erudicion que les hacia ordinariamente, en que le dió particular talento Dios nuestro Señor.

No se limitó la grandeza de su espíritu á los de casa solamente, porque, como esforzado capitán, iba el primero á todas las empresas, que de estas de los ministerios con los prójimos tuvo siempre, como dijimos, ardentísimo celo, el cual le obligó á no embarazarse con el gobierno de manera que no le quedase tiempo para los ministerios, á que acudia con tanto fervor y asistencia, como si no tuviera otra cosa que hacer y fuera su única ocupacion.

Encargóse de la Congregacion, que era muy numerosa, y él la hizo mucho más con su buen trato y pláticas eruditas á que vino tanta gente, que nunca se vió más florida ni fervorosa. Confesaba continuamente á todos, sin exceptuar alguno.

Predicaba de ordinario con tal fuego y energía que aterraba los pecadores y salian los oyentes contritos y compungidos de sus sermones, y como sentian tanto provecho en sus almas, venian desalados á oírle y eran copiosísimos los auditorios; que el fruto que cogen de los árboles anima á los labradores al trabajo, y el que sacan los oyentes de los sermones las traen con gusto á oír los predicadores, y así ninguno fué más oído ni más seguido en aquel reino que el P. Colin, porque ninguno hizo mayor fruto, y por esto le traian todos los sermones de importancia, así de la catedral como de la capilla del real tercio de la milicia y de otras partes.

Nunca predicaba sin que precediese primero la oracion y penitencia, rogando á Dios que le comunicase el fuego de su espíritu, y le diese las palabras que habian de mover á los oyentes; y cuando escribia los sermones dejaba en blanco las últimas cláusulas y decia: «Estos vacíos ha de llenar Dios, dándonos las palabras, que son adonde ha de apretar más el predicador y las que han de hacer la obra en los oyentes, como en la lanza está el hierro en lo último que hiere.»

Testimonios de su grande espíritu fueron los efectos que se vieron en cuantas partes predicó, así de mudanzas de vida como de reformation de costumbres; que cuando se queda en solos deseos, es más hojas que fruto verdadero, y ruido que sermón.

Fué ángel de paz en aquellas islas, poniéndola con grande sagacidad y cordura entre las cabezas eclesiástica y secular que estuvieron desavenidas, con grande perjuicio de los súbditos y detrimento del servicio del rey y de su real hacienda; y el P. Francisco Colin, con su buen espíritu y autoridad, entró de por medio y los compuso á todos, reduciéndolos á paz y concordia en buena conformidad y amistad, con que triunfó de ambas partes, vencióndolas sin sangre y sin estruendo de armas, con universal aclamacion de todo el reino.

Lo mismo hizo con el gobernador que sucedió en aquel tiempo, el cual, mal informado, procedia con grande rigor contra el derecho de las religiones, y el Padre le informó y templó, y por su buen consejo depuso aquellos dictámenes trocándolos en más benignos y favorables á todos.

Dos meses despues de ser electo Provincial, sucedió el levantamiento universal de los chinas sangleyes, que á título de mercaderes estaban avecindados en la comarca de Manila, y dicen muchos que pasaron de cuarenta mil los que la acometieron, señoreándose de todas sus haciendas y llevando á fuego y á sangre cuanto no podian llevar á su tierra.

Las haciendas de la Compañía fueron las que más padecieron, porque abrasaron los sembrados, las casas, los cortijos y cuanto tenian para su sustento; pero no decayó por esto de ánimo del santo Provincial, ántes cobrando nuevos alientos en la providencia divina, exclamó como otro Job, cuando vió arder sus tierras, diciendo: *Dios lo dió y Dios lo quitó, sea su nombre bendito para siempre*. Estos golpes, añadió, vienen por mis pecados á la provincia, que así lo sentí yo cuando me mandaron tomar su gobierno, que era azote que Dios le enviaba, dándole Provincial por quien la destruyese.

De esta manera se humillaba delante de la Divina Majestad, atribuyendo á sus pecados la universal calamidad y haciendo penitencia por ellos, pero no perdió la confianza, por la cual Dios nuestro Señor envió presto el remedio.

Visitó tres veces la provincia, con ser dilatadísima en varias islas, en que por mar y tierra padeció muchos trabajos, soles, aires, y destemples y riesgos de la vida, en tempestades y borrascas deshechas, llevándolas con grande gusto, por el que tenian de verle los súbditos, de los cuales era recibido como si viniera á verlos un ángel del cielo.

Animábalos, consolábalos, esforzábalos á perseverar en sus trabajos y ministerios, y sola su presencia era bastante para desterrar de sus corazones cualquiera acedia ó tristeza, que como enseña S. Pedro Crisólogo hablando del hijo pródigo, la vista del padre es como la del sol, que alegra, vivifica y esfuerza y da á los hijos nuevos alientos para cualquiera empresa; y la de nuestro Provincial era tal, que á todos dejaba alentados, gustosos y contentos.

El tiempo que fué Rector del colegio de Manila, puso todo su esfuerzo en acabar y adornar la iglesia, y, sin empeñar el colegio, buscó limosnas y acabó la capilla mayor y las colaterales del crucero, doró los dos retablos de esta capilla, hizo la imágen de nuestra Señora de Loreto con rostro, manos y Niño de márfil, con vestido de plata maciza, y la colocó en su altar, obra de las más primas, lucidas y devotas que se han visto en aquellas islas.

Labró una rica y preciosa custodia de oro macizo, con rayos de cristal, esmaltada de diamantes, esmeraldas y rubies y gran cantidad de perlas, que se valúa en grande precio; adornó la capilla interior de la tribuna con retablo, láminas é imágenes de los santos de la Compañía, y colocó con decencia las reliquias de muchos mártires nuestros que padecieron martirio en el Japon por la fe de Cristo; y por el mismo tenor labró, adornó y compuso todos los templos de las residencias, pueblos y doctrinas adonde moró, para que Dios y sus santos fuesen reverenciados en ellos y diesen motivo de veneracion y devocion á los fieles; y esto sin adeudar las casas ni los colegios, sino con la grande confianza que tenia en la providencia divina, y á medida de ella le daba Dios limosnas para estas obras; que la confianza en Su Divina Majestad es la medida de los beneficios de su mano.

## VI

*Retírase del bullicio de la corte y del gobierno á darse á la oracion.*

El año de 1650 acabó el segundo gobierno del colegio de Manila, y con deseo de vacar á Dios y al provecho de su alma, pidió licencia á los Superiores para retirarse á la casa de S. Pedro, que tiene el colegio algunas leguas distante de la ciudad, alegando su poca salud y mucha necesidad de prepararse para morir quien toda la vida se habia estado preparando.

Habíanle dado de los continuos trabajos unos penosos bahidos de cabeza; los ayunos y penitencias le habian debilitado el estómago y causado doloroso mal de orina; y aunque todos sintieron mucho esta determinacion, así porque los privaba de su consejo como porque deseaban prosiguiese en el

gobierno; pero sus instancias y las razones que alegó para ello fueron tales, que forzados condescendieron con su petición, y le dieron licencia para retirarse á aquel puesto, adonde desplegó las velas de su corazón á la oración y contemplación y á la lección espiritual, gastando en esto la mayor parte del tiempo.

Pero el fuego de caridad que ardía siempre en su pecho no pudo estar encubierto, ni dejar de obrar en el provecho de los prójimos, y así juntaba las fiestas la gente que habitaba por aquellos campos y caseríos, y les predicaba y doctrinaba y administraba los santos Sacramentos, haciendo en todas partes gran provecho.

En esta soledad, imitando el ejemplo de S. Jerónimo, S. Juan Crisóstomo y otros santos, escribió algunos libros de igual erudición y provecho. El primero fué la *Vida del santo H. Alonso Rodriguez*, que, como dijimos, fué su maestro de espíritu en el colegio de Mallorca, cuando estudiaba Filosofía, y como le había tratado familiarmente y bebídole su espíritu, pudo escribir su vida con ciertas noticias y con el mismo espíritu que el santo Hermano la había obrado, escribiendo el discípulo del maestro y el santo del santo, como S. Buenaventura de S. Francisco.

El segundo la *Historia Universal* de nuestra Compañía en la provincia de Filipinas, comenzando desde el año de 1581 hasta el de 1615, adonde con mucha erudición pone todo lo sucedido y obrado en aquellas islas por los nuestros, y los grandes trabajos que padecieron en fundar aquella provincia, las gloriosas misiones que hicieron á los indios, moros y gentiles, con una eruditísima noticia universal del sitio, disposición, géneros de frutos, animales y naciones que se crían en todas aquellas islas: obra igualmente curiosa é importante para los que las habitan. Dice poco de los mártires que ha tenido allí la Compañía y de las heroicas virtudes de los primeros fundadores, dejando estas materias para el segundo tomo de esta obra, y fuera de importancia haberlas puesto en el primero, que ilustraran mucho la historia estas piedras preciosas, y así se desearon en ella. Se imprimió en esta corte de Madrid el año pasado de 1663.

Escribió también un libro pequeño de meditaciones devotísimas, en que puso algunos tratados de ejercicios espirituales y devociones muy útiles, y uno devotísimo sobre el salmo *Miserere*, adonde se introduce pecador, arrojado, como el hijo pródigo, en los brazos de su amoroso padre, á quien habla con tal ternura y devoción, que no se puede leer sin lágrimas, y mueve á compunción á todos cuantos le oyen.

La principal obra en que gastó buena parte de su vida, fué un libro eruditísimo que intituló *India Sacra*, en que declara muchos lugares de la Sa-

grada Escritura tan difíciles cuanto controvertidos de los doctores é intérpretes, con tan grande erudición y magisterio, que no hay dificultad que no allane y da luz para la inteligencia de las Sagradas Letras, con otras muy recónditas de las humanas. Esta obra tomó en este retiro entre las manos, y procuró limarla y perfeccionarla estos últimos años, para darla á la estampa, que sin duda será de mucha honra para la Compañía, y de igual utilidad para los maestros y discípulos, que trabajan en la inteligencia de las Sagradas Letras y también de las humanas.

Pero su principal estudio en este retiro fué el de la oración y contemplación de las cosas divinas, y la preparación para la muerte que fué siempre el primer cuidado de su alma, y en que empleaba el tiempo que podía hurtar al gobierno y á la predicación y trato con los prójimos, por importantes que fuesen, anteponiendo siempre el provecho propio al ajeno, y la propia alma á las de los prójimos; porque, como dice aquel santo: (*Tom. de Kemp.*) *Mejor es mirar por sí que con descuido propio hacer milagros.* Y sería grande yerro ahogarse uno por querer librar á otros del agua; que si se condeñase, no le sacaran de sus penas millares de almas que haya enviado al cielo.

En esta verdad fundado este varón admirable, nunca dejó ni disminuyó, por ningunas ocupaciones que tuviese, sus ejercicios espirituales, ni abrevió la Misa ni el rezo, ni perdió su devoción con los santos, persuadido que estos ejercicios eran los nervios del espíritu y como el calor natural para la predicación y ministerios con los prójimos, sin los cuales se hacen friamente y sin fruto, y con ellos fervorosamente y con grande provecho de las almas.

Todos los años se recogía veinte días á Ejercicios, desde el 17 de setiembre hasta el 4 de octubre, día de S. Francisco su Patron, de quien fué devotísimo. Encerrábase en este tiempo con estrecha clausura, sin abrir la puerta á persona alguna ni á negocio por grave y por importante que fuese. Allí extendía las velas de su espíritu al viento del Espíritu Santo, que se le comunicaba copiosísimamente, dándole muchas luces é ilustraciones espirituales; allí se armaba de arnés fuerte para la guerra continua que traía contra los enemigos de su alma; allí recibía fuerzas para llevar los trabajos que el Señor le enviaba; allí tomaba aliento en sus fatigas, esfuerzo y espíritu para la predicación y ministerios con los prójimos, prudencia para el gobierno, consejo para los negocios difíciles, luz para las dificultades y acierto en lo que trataba; y entre otras dejó escritas cuatro meditaciones devotísimas, en que comprende con mucha destreza y sabiduría la doctrina de las cuatro semanas de los ejercicios de S. Ignacio nuestro Padre.

Fué devotísimo de la Pasion y cruz de Cristo, en que hallaba su descanso y enseñanza. En uno de estos ejercicios se halló escrito de su mano un desposorio que hizo con la cruz de Cristo por medio del martirio de sus dolores y mortificacion de sus pasiones. Y añade, que Dios le comunicó una luz interior con que le enseñó que le redujese á cuatro cruces; la observancia de los preceptos, la de los votos y reglas, la de la disciplina exterior religiosa y la de los ministerios, para que no hiciese accion sin cruz, abrazando con gusto y alegría la que padecia en el trabajo de estas cuatro cosas que traia siempre entre manos, que es una muy útil enseñanza para los que se quieren aprovechar de ella y aumentar el mérito de sus obras por la imitacion de Cristo en la cruz.

En uno de sus papeles se halló el fruto que sacó de los ejercicios un año, reducido á estas tres palabras: *Fuge, luge, tace*: huye, llora, calla, lo cual puso en ejecucion, huyendo cuanto le fué posible de los hombres por conversar con Dios; llorando continuamente sus peçados y la tibieza con que servia al Señor: callando sus alabanzas, escondiendo sus obras, no abriendo su boca para quejarse en sus enfermedades, ni defenderse en sus calumnias y en muchos falsos testimonios que le levantaron, sufriendolos todos con admirable paciencia, como varon verdaderamente santo.

Muchos regalos y mercedes le hizo Dios en el retiro de la oracion, cuya noticia nos negó su humildad, con que ocultó estas mercedes del Señor. Dos sabemos ciertas, confesadas por su boca, que serán índice breve de las demas. Una fué el año de 22 diciendo Misa en Barcelona, dia de S. Gregorio Magno, á 12 de marzo, en que le reveló Dios que á la misma hora y tiempo se celebraba en Roma la canonizacion de nuestros santos, S. Ignacio y S. Francisco Javier, y lleno de gozo, vino, en dando gracias, á dar parte de esta merced al Superior, en cuyas manos halló cartas de aviso de que en aquel dia se habia de celebrar la dicha canonizacion, como en la verdad se celebró, por lo que el Padre agradecido dió muchas gracias á Dios.

La segunda fué el año de 45, en que le mostró nuestro Señor á un amigo suyo, martirizado entónces en Japon, con la aureola de mártir, que subia glorioso al cielo, vestido de resplandor, mostrando sentimiento del miserable estado en que dejaba la cristiandad del Japon. El siervo de Dios quedó gozosísimo con su vista y muy alegre de su dicha, porque él le habia aconsejado que fuese, y facilitádole la jornada al Japon; y despues diligenció traer sus reliquias á Manila, para tenerlas en veneracion y refrescar la memoria de su glorioso triunfo con la presencia de su santo cuerpo.

## VII

*Algunas de sus virtudes y su santa muerte.*

Diez años estuvo en este retiro, desde el de 50 hasta el de 60 en que murió, entregado á la oracion y contemplacion y á componer los libros que hemos dicho, preparándose con estos ejercicios para la muerte, que traia siempre delante de los ojos; que es una grande prevencion para que no nos coja desapercibidos y de repente, como no cogió á este siervo de Dios, apercibido tan con tiempo, que cuatro años enteros se preparó para morir cada dia, como si aquel fuera el último de su vida, y tuviera de ello revelacion de Dios; y así traia ordinariamente en la boca aquellas palabras del santo Job: (c. 14, v. 14.) *Cunctis diebus, quibus nunc milito, expecto donec veniat immutatio mea.* Todos los dias que milito en esta vida, espero que llegue mi mudanza, que es la muerte, en que el alma se muda de esta vida caduca y breve á la eterna; y aquel dístico del poeta escrito á otro de su nombre, como si hablara con su persona.

*Si sapiis, utaris totis Coline diebus,  
Extremumque tibi semper adesse puta.* Marc.

Todos los accidentes que le venian y aprietos de achaques y dolores los tomaba como correos que le enviaba Dios con aviso de su muerte y como exhortacion de prepararse para ella, y así lo hacia con tanto cuidado, que afirmó su confesor que en este tiempo se habia confesado veinte y siete veces generalmente.

Cada dia decia Misa pudiendo, y si no recibia la sagrada Comunión como el Viático de su partida, haciendo todas las diligencias que habia de hacer en su muerte, muriendo, ántes de morir, tantas veces cuantas recibia este celestial bocado.

Fué tal su vigilancia, que la misma noche que murió se reconcilió y previno á un Padre, para que en amaneciendo dijese Misa y le trujese la sagrada Comunión; y aunque siempre fué devotísimo del Santísimo Sacramento, en los últimos años se esmeró más en su devocion, así en la preparacion para la Misa como en asistir en su presencia los más ratos que podia, y todas las noches ántes de recojerse le visitaba cuatro veces y muchas más entre dia.

Pero lo que admira es, que estando tan cargado de achaques y enfermedades, como se ha dicho, y habiéndole sobrevenido una calentura hética que le penetraba los huesos, quebrantado de trabajos y gastado de los continuos estudios y gobiernos que tuvo, sobre sesenta y ocho años de edad; este último de su vida dobló las penitencias y mortificaciones que siempre hizo, para sa-